

# El periodismo de sentido y el sentido del periodismo:

## Una discusión sobre el papel de la Universidad

Iván Sylva

*...em quanto aquí em baixo a indefinição e o regimen, e dançamos com uma grama cujo segredo nem eu mesmo sei, entre a delicia e a desgraça, entre o mostruoso e o sublime."*

Caetano Veloso

El ámbito de las disciplinas, y por ende el de las prácticas que se apoyan en ellas, se ha venido entendiendo, con los valiosos aportes de la lingüística y la semiología, como un campo de "producción de significado".

El lenguaje entendido como sistema, como un vasto conjunto de elementos en una compleja interrelación, bajo un grupo de leyes -sistema por demás abierto, sujeto a cambios provenientes de factores internos, tanto como externos y en equilibrio- es un objeto, una 'cosa' susceptible de ser estudiada gracias al proceso mismo de objetivación. Tal objetivación permite separarlo de todo aquello que no le participa.

Si bien la lengua se utiliza con el propósito de 'aludir' la realidad, no lo hace por una condición inmanente al lenguaje mismo. Las palabras no se refieren a las cosas, sino a las representaciones que de ellas se tienen o que de ellas se construyen en el proceso mismo del habla<sup>1</sup>.

Todo acto discursivo<sup>2</sup> es, pues, un acto creativo. En él se configura un universo, compuesto por una mirada, un recorte, una sintaxis y unas significaciones. Un discurso periodístico, a pesar de las pretensiones de objetividad, de inmediatez, de irreflexividad que suponen algunos, es un cuadro montado. Ya el simple hecho de que se divulgue una noticia o se cubra un suceso es un acotamiento, con ello una intencionalidad se desliza subrepticamente.

Es cierto que no se puede hacer de cada hecho una noticia; de igual manera, frente a hechos de una im-

portancia similar es preciso elegir alguno o algunos, lo que, aún pecando de obviada, implica dejar otros de lado. Pero no podemos pretender que tal selección sea aleatoria, so pena de pasar por ingenuos. No impunemente un periodista, en nuestro medio, ha pasado por un largo proceso de escolarización, proceso de domesticación, de imposición de modelos de comportamiento y marcos de lectura de la 'realidad', proceso reforzado en cada una de las instancias del tejido en filigrana de la cultura; además, ejerce en una empresa que tiene fines definidos y que juega racionalmente en el ruedo de los intereses sociales.

Roman Jakobson define un grupo de categorías como las "Funciones de la lengua".<sup>3</sup> La intencionalidad y el contexto de toda forma discursiva juegan, ya sea en una o en varias de esas funciones: transmitir información, motivar una acción, generar emociones, verificar el canal de comunicación, verificar el código o transmitir un mensaje poético. Sin embargo en nuestra condición de seres atravesados por los sentidos, apoyados en la sensibilidad, en la percepción sensible del mundo para leer el entorno y decidir nuestros comportamientos, no podemos eludir el factor plenamente estético cuando de construir discursos se trata; aún en el caso en que pretendemos reducirnos de manera exclusiva a lo referencial. Una sintaxis particular, un 'estilo' periodístico y de escritura, ya sea de un medio o de un profesional, dan cuenta de ese elemento identificatorio, de un fenómeno que no es reductible a una objetividad por fuera de lo humano.

Si toda práctica discursiva está atravesada por factores estéticos, incluso inconscientes –en ese sentido un texto puede producir placer o displacer, y puede ser construido para producir lo uno o lo otro– entonces en todo discurso hay una literatura implicada.

Pero veámoslo desde un ángulo más pragmático. Propongo una ligera ojeada al uso de epítetos en la presentación de las noticias. El extremo evidente está en el llamado "periodismo amarillista". Las palabras no dan cuenta de una tal realidad al margen del lenguaje. La selección en el eje paradigmático de la lengua da cuenta, sí, de una intencionalidad sesgada, de la misma forma que se ordena en el eje sintagmático a partir de una idea articuladora, un eje de producción de sentido. Es precisamente ese eje el que sesga la selección de los términos, pues no cualquier palabra sirve para transmitir una idea<sup>4</sup>.

El uso de adjetivos y la frecuente substantivación de epítetos, aunque discreto para la mirada del observador-escucha desprevenido, ejerce una poderosa influencia en la psique del receptor, más aún cuando se trata de una modalidad de comunicación que se apoya en un espacio de la misma psique que se halla por debajo de los límites de la conciencia inmediata.

Pero ello no debe llevarnos a confusión. No se trata necesariamente, y en la mayor parte de los casos, de una intencionalidad perversa y manipuladora. En todo caso no es la del sujeto que cumple eficientemente su trabajo. Se trata de un ordenamiento, de una lógica de operación del pensamiento; de una "opinión pública" incluso de la que el comunicador hace parte; de una cultura, en síntesis, globalizada en buena medida –por demás–, que se expresa a través del individuo.

No se puede pedir tampoco, por ello, a cada individuo, una hiperconciencia de todos los elementos que juegan en la construcción de un hecho noticioso. Eso derivaría en una neurosis obsesiva de tipo colectivo, rasgo tan escaso en estas latitudes, en cuyo otro extremo se encuentra la tan familiar mediocridad.

Otro aspecto que a mi entender es objeto de serias confusiones, es el de la "interpretación de la noticia" o del conjunto de ellas en relación con el ejercicio periodístico. Gabriel García Márquez, refiriéndose a la práctica del periodismo en su tiempo de reportero, dice: "Sólo la interpretación estaba vedada, porque era un dominio sagrado del director. Cuyos editoriales se presumían escritos por él, aunque no lo fueran, y casi siempre con caligrafías célebres por lo enmarañadas."<sup>5</sup> Con ello

pone en evidencia la imprecisión del campo de acción del periodismo.

### Periodismo ¿Oficio o Profesión?

Informar es: "dar forma sustancial a una cosa"<sup>6</sup>. La distinción que hace Gabriel García Márquez en el sentido de diferenciar entre quien quiere *ser* 'informado' y el que quiere 'informar' resulta pertinente para pensar el campo de acción del periodismo. Quien 'informa' es quien crea una realidad en el ámbito de la verosimilitud. La confusión suele aparecer cuando se piensa que informar es dar cuenta de los hechos al margen del sujeto de la comunicación, como si tal comunicación fuese una cosa diferente de quien la produce.

Pensar la producción del hecho noticioso reclama algunas precisiones. ¿El grupo de fanáticos religiosos del Hamas, al disparar morteros contra una población israelí, produce un hecho noticioso?, ¿Es la comunidad de palestinos a la que pertenece el grupo la que lo produce?, ¿Es la religión islámica que los orienta ideológicamente?, ¿Es la guerra que los enfrenta, y con ello los dirigentes políticos?, o... ¿Es acaso el medio de comunicación?, más aún, ¿es el periodista que lo reporta? o ¿se trata del camarógrafo que decide apuntar su equipo y que corre de un lado para otro?, ¿es él el que está 'informando'?

Las anteriores preguntas nos llevan al interrogante central: la responsabilidad final de la producción noticiosa.

Las empresas periodísticas requieren espectacularidad, es decir *rating*, que deriva en pauta publicitaria y en dividendos económicos, así como en peso político; por ello no se ocupan de 'asuntos secundarios del quehacer empresarial'. Todo cuanto ponga en cuestión sus intereses económicos y políticos debe descartarse por adelantado, así como todo aquello que represente refuerzos en sus relaciones políticas –léase económicas– es potenciado, objeto de un amplio despliegue hiperbólico. El comunicador es, en fin, un productor de espectáculo. No hay más que ver el énfasis claunesco de los presentadores: las figuras, los gestos, su vestuario, la entonación de las voces, los efectos especiales,

**No se puede pedir tampoco, por ello, a cada individuo, una hiperconciencia de todos los elementos que juegan en la construcción de un hecho noticioso. Eso derivaría en una neurosis obsesiva de tipo colectivo, rasgo tan escaso en estas latitudes, en cuyo otro extremo se encuentra la tan familiar mediocridad.**

la *mise en scène* y, por supuesto, el papel preponderante de los deportes y "el mundo del espectáculo" y la farándula en los programas "periodísticos" de los *mass-media* vernáculos.

¿Le cabe la responsabilidad ética al periodista? Primero sería necesario deslindar los alcances de esa palabra de la que deriva el término: periodismo. En este punto se hace necesario definir el término. Yo daré inicio a un acercamiento por lo negativo. Pregunta: ¿Es el reportero un periodista? De ser así la academia no tiene nada que hacer. Nos quedamos con la imagen que aporta García Márquez en el citado informe y su bucólica alusión: "Era una fábrica (la sala de redacción) que formaba e informaba sin equívocos, y generaba opinión dentro de un ambiente de participación que mantenía la moral en su puesto." Entonces, ¿se aprende haciéndolo, y con los buenos consejos de sus experimentados compañeros!

Ahora bien: ¿Es el presentador un periodista? Los periodistas distinguen al locutor de ellos mismos. El presentador de noticias en la televisión se presta para dar a conocer lo que otros producen, por lo que continuamos en el campo de los oficios.

¿Es, entonces, un cronista el que merece ser llamado periodista? Es común que los periodistas escriban crónicas, así como lo hacen los que se conocen como escritores a secas. La literatura es, por antonomasia, cronística —de *cronos*, tiempo<sup>7</sup>—, aunque no pretenda estar fundada en la realidad supuesta de los acontecimientos. Es un género de escritura, no un campo de acción. Puede afirmarse entonces, a partir de lo anterior, que el periodista toma prestada la crónica de la literatura, mucho más antigua que el periodismo.

Queda el reportaje por pasar el tamiz de la pregunta. Es allí donde empieza a desligarse el papel del periodista. El reportaje tiene estatuto propio, en la medida en que es una producción que apunta a divulgar un acontecimiento en un campo de condiciones que lo hace posible. El reportaje implica el estudio, análisis y síntesis de los elementos que permitan armar un cuadro de situación y provean unas conclusiones. Es una construcción, estricto sentido, basada en documentación disponible, conseguida a través del ejercicio investigativo, e interpretada a la luz de unos intereses informativos.

En efecto, el periodismo no puede restringirse a una sola modalidad de práctica ni a un grupo de géneros literarios, pero si se desliga del pensamiento, de la reflexión rigurosa, del estudio pormenorizado, se queda en el campo de los oficios. El periodista, pues, debe ser un perspicaz intérprete de la actualidad, un estudioso del objeto que pretende divulgar, un especialista en investigación, esto es, un personaje profundamente respetuoso de los métodos de la investigación y de los resultados por ese medio obtenidos.

La sociedad debe disponer de sujetos que se especialicen en la interpretación de su entorno, con el fin de que ellos le provean los elementos de juicio

que las personas requieren para tomar las decisiones acertadas en su propio campo de desempeño o en las posiciones que adopta en su cotidianidad o en el ejercicio de su condición de ciudadanas.

Otra cosa es el circo, los espectáculos y los rituales que juegan también un importante papel en la vida de los hombres. Pero si se confunde el objeto de estudio y el campo de acción de una profesión, se empieza entonces a desplazar a otros del suyo y vendrán algunos a reclamar un tratamiento semejante al de aquellos, con derecho.

La formación del periodista, es decir, la relación entre la academia y el periodismo, debe ser la de permitirle al aprendiz proveerse de los fundamentos cognitivos y los criterios que le permitan al ejecutante 'interpretar' un acontecimiento. De esa manera puede proveerle al público los elementos que se esperan de él, y cumplir con su labor social de informar con valor de utilidad, incluso si se trata de entretener.

Es en ese sentido que se entiende aquí el periodismo como profesión, como campo de acción en el que intervienen: la búsqueda de la noticia, del hecho socialmente relevante o del personaje destacado y sus obras; la investigación en cuanto descubrimiento de las condiciones que hacen posible un acontecimiento<sup>8</sup> y la interpretación correspondiente, de tal manera que la 'puesta en texto' y la publicación estén atravesados por un proceso altamente racionalizado, que cumpla la función social de ayuda a la comprensión de las condiciones reales de existencia. En oposición al oficio, en el que el personaje periodista cree transmitir una información cuando se le escapan los aspectos más importantes de la misma. Mientras el oficio se apoya en la experiencia empírica, la profesión lo hace en la experimentación y en la reflexividad. Ello implica una ejercitación en el manejo del instrumento *sine qua non* del comunicador: el lenguaje, sus límites y sus posibilidades, al amparo de los especialistas y en un proceso de reflexión, desde la comprensión racional, sobre los objetos periodísticos, los métodos más adecuados de tratamiento y la calidad de la producción.

No se trata aquí de la simple oposición platónica entre la apariencia y la realidad, el mundo de las ideas y el de lo sensible. La diferencia entre el saber y el conocimiento es una cuestión de método y, por tanto, de resultados. Mientras el primero es empírico por definición, superficial, fundado en las apariencias, el segundo pone en tela de juicio la percepción primera y la somete a pruebas de verificación. El conocimiento se torna cada vez más complejo, y ello porque el conocimiento del hombre sobre el mundo es cada vez más complejo. Ese proceso se debe al ejercicio reiterado de someter la percepción al rigor del pensamiento y de las prácticas de la investigación. Aquí no se trata ya de oponer simplemente la apariencia a la realidad, sino de confrontar la validez de los diferentes tipos de percepción, no importa cuál.

No por ello debemos dejar de reconocer la importante labor de cientos de periodistas empíricos a lo largo de la historia, pero resulta altamente arriesgado dejar librado al azar el ejercicio de un papel inserto en una realidad compleja. De otro lado, tampoco es un campo vetado a profesionales formados en otras disciplinas, pues también ellas se nutren de los mismos mecanismos de obtención de información, de tratamiento y de extracción de conclusiones.

Dado que el papel del profesional de la comunicación es el del mejor informado sobre la actualidad, su trabajo no se reduce al de "trasteador", al de "corre ve y dile" de la información. Él está atravesado por el factor ético, así como por el conocimiento de los modos de generación de interés por su producción. No se trata aquí de manipulación del receptor, sino de los métodos para apelar a su atención, a su interés y concentración.

Tomás Eloy Martínez, en su artículo: "Periodismo y narración, Desafíos para el siglo XXI"<sup>9</sup>, pone en cuestión los alcances del lenguaje como instrumento de la comunicación -se entiende que se refiere al lenguaje verbal, en oposición al visual y al sonoro. Dice de él que es "un arma tan insuficiente [...] (para) personas que han experimentado con la vista y con el oído", que propone el ejercicio de la narrativa como mecanismo para atraer esa atención tan evasiva hacia el periodismo escrito. Describe este último como un "duelo entre la inteligencia y los sentidos".

Martínez pone el énfasis en el lector, pero no por ello deja de lado la importancia del tratamiento de la información ni el lugar preponderante, pero no protagónico, del periodista. Reconoce el valor de lo subjetivo en la transmisión de la información, sin que ello implique la reducción a la opinión, pues afirma que "las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber".

El papel de la literatura en la comprensión de la realidad es reconocida por los investigadores de, por ejemplo, la historia de las mentalidades, así como el valor documental de los periódicos. Así, Martínez hace énfasis en la relación entre los escritores y los periodistas -aunque no es cierto que Jorge Luis Borges haya sido uno de éstos, como lo afirma Tomás-, para proponer el retorno al género narrativo en la prensa. Ya no requerimos de los diarios para enterarnos sobre el qué, el cómo,

el cuándo, el dónde de los hechos. La radio, la televisión, la Internet son más eficaces en ello. Al periodismo escrito, al que se refiere Tomás Eloy Martínez, le está reservado, aunque no de forma exclusiva, el *por qué* de tal acontecimiento, sin que los otros medios queden eximidos de hacerlo.

La adecuada presentación de una noticia está dada por el conocimiento del contexto en la que el hecho y la noticia son producidos<sup>10</sup>.

García Márquez, al contrario, hace una serie de reflexiones a partir de comentarios de estudiantes, profesores y periodistas, de los que se vale para desacreditar la academia.

Si bien la idea central contenida en el título del aparte: "El periodismo se aprende haciéndolo"<sup>11</sup> no es desarrollada de manera explícita en el texto, parece evidente que emula el empirismo. En el punto en que la historia del

***No se trata aquí de la simple oposición platónica entre la apariencia y la realidad, el mundo de las ideas y el de lo sensible. La diferencia entre el saber y el conocimiento es una cuestión de método y, por tanto, de resultados. Mientras el primero es empírico por definición, superficial, fundado en las apariencias, el segundo pone en tela de juicio la percepción primera y la somete a pruebas de verificación.***

conocimiento, y por ende el de las profesiones que se derivan del conocimiento, se encuentra, pensar que la simple experiencia puede proveer a un sujeto de los medios suficientes y necesarios para dar cuenta de una profesión, parece, por lo menos, ingenuo.

Lo que puede suscitarle un error tan craso es la nostalgia del gran pasado. El autor de un capítulo del informe para el Gobierno Nacional sobre la educación, como pasa con todos los que llegan a una cierta edad cabalgando sobre un bello corcel, no consigue adaptarse a las nuevas hablas, a las nuevas condiciones de vida. Mencionar los cambios, reconocer la diferencia entre el mundo de hace unos años y la actualidad puede reducirse a enunciados vacíos, pues continúa midiendo el presente con el rasero de "antaño", como si los parámetros de mensura perduraran *ad aeternum*. Desconocer la historia, es decir, el conocimiento que de una disciplina o una ciencia se dispone, es un error garrafal, pues el empirismo le exigiría a cada aprendiz el descubrimiento de lo que la humanidad ha conseguido en su largo trayecto. Pero mirar la

historia para pretender quedarse, o peor aún, volver a ella, es síntoma de pérdida de la perspectiva que la misma historia permite.

De otro lado, la confusión no hay que endilgársela sólo a él, pues algunos suelen confundir a los artistas con pensadores. Eso no significa que los artistas no piensen, pero el ejercicio mental que despliega un constructor de obras de arte es diferente al de un analista académico. Eso no significa tampoco que éste sea mejor que aquel, sólo que es diferente. Quizá entonces a un artista es mejor pedirle que refleje en una obra de arte su percepción respecto de un cierto asunto, en vez de desviarlo de su ejercicio para ponerlo a hacer lo que otros, por tener sus energías concentradas en ello y un entrenamiento especializado, pueden hacer mejor.

El papel de las universidades en la formación de las profesiones es evidente, pues define su razón de ser. Ahora bien, es cierto que las instituciones universitarias en Colombia no responden a demandas de autonomía cognitiva. Son instituciones que se fundaron a la saga de las de otros países; pero la cortedad espiritual de los dirigentes -lo que extiende el fenómeno a todos los ámbitos de la vida social-, y la incapacidad de interpretar las dinámicas emergentes, han coartado sus alcances, haciendo el pobre papel de serviles seguidores de consignas y recetas. El rezago es tan grande que algunos todavía creen que con buenas intenciones se puede cambiar el rumbo, aportando justamente evidencia del atraso intelectual en que nos hallamos sumidos.

Resulta preocupante que en el marco de un estudio sobre la educación en Colombia, un persona-

je de reconocimiento como Gabriel García Márquez escriba un panegírico tan descarnado a favor del empirismo, lo que aparece como retrógrado, pues en vez de poner el énfasis en la producción de conocimiento y en la formación para el pensamiento, reduce el periodismo a un oficio, cuando el mundo contemporáneo demanda una profesión. Colombia requiere más de universidades que sean capaces de intervenir propositivamente en la realidad -una realidad que no termina, por cierto, de diseñarse y de generar convocatoria- que "fábricas de empleados", apasionados e ingenuos, serviles y acrílicos, apáticos y frustrados.

La responsabilidad no puede recaer pues sobre los sujetos individuales. Quizá tampoco sea acertado descargarla sobre las empresas. Tal vez, aunque doloroso, sea necesario dejar por un momento de lado las altas dosis de histeria que caracterizan sociedades divididas entre diferentes grupos de presión, y hacernos cargo, la sociedad en conjunto, de la irresponsabilidad para consigo misma. Irresponsabilidad que se expresa en la marginación creciente, en la ampliación de la brecha que separa a los ricos de los pobres, en la excitación exacerbada del deseo de consumo, en la imposición de modelos ideales cambiantes según los dictados de la moda, es decir, de los intereses del mercado. Tal vez tenga sentido propiciar condiciones, aunque sólo sea en una escala ínfima, para el mejor aprovechamiento de los valiosos recursos humanos que se desperdician en cantidades flagrantes por doquier. De lo contrario, parece desmesurado pedir claridad ética a un montón de ejecutantes irreflexivos sin horizonte. ■

## Notas

1 Aquí partimos de la diferencia saussuriana entre *lengua* y *habla*, entendiendo la primera como ese objeto social impuesto, que opera al margen de los sujetos que componen un grupo social y que disponen de ella como rasgo cultural propio, creado por el grupo o adoptado y de carácter abstracto, y por la segunda, por habla, como el uso que los sujetos hacen de la otra, uso concreto, por lo tanto. Ahora bien, los términos *lengua* y *lenguaje* se utilizan aquí indistintamente (cfr. F. De Saussure, "*Curso de Lingüística General*")

2 En la construcción discursiva contemporánea entra, ineludiblemente, la narrativa en imágenes, pues se ha convertido en un campo complementario del lenguaje verbal, e incluso en muchos casos lo reemplaza; sin embargo ello tiene sus implicaciones. Geovani Sartori, aunque desde una postura apocalíptica y superficial, analiza algunos de estos aspectos en *Homo videns* (1997).

3 JAKOBSON, R. *La lingüística y la poética*, en: Sebeok, T. A., *Estilo del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1974, p. 123 y ss.

4 Estricto sentido, no existen sinónimos. En una charla informal los términos utilizados suelen ser aproximativos, incluso se los apoya y dirige con elementos secundarios, como los gestos. En un texto de carácter referencial, el instructivo para volar aviones, por ejemplo, no se puede hacer uso de las aproximaciones, pues los costos económicos y humanos que están en juego son muy altos.

5 Informe rendido en 1995 por la "Comisión de Sabios", de la que

hizo parte Gabriel García Márquez, nombrada por el Gobierno Nacional para hacer un diagnóstico y entregar recomendaciones sobre la situación de la educación en Colombia.

6 Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, 1992.

7 Si nos atenemos a la historia, Homero, el gran narrador de las epopeyas griegas, y apoyándonos en los textos escritos: la Iliada y la Odisea, habría sido el primer gran cronista en Occidente, y la crónica sería el primer género literario. De lo mismo dan cuenta otros libros como la Biblia, palabra de origen griego [Biblia]: escritos "en que refieren los sucesos por orden del tiempo" (Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, 1992).

8 Cfr: FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1997.

9 MARTÍNEZ, Tomás Eloy, Revista El Malpensante N° 27, diciembre 2000 - enero 2001.

10 Dos conceptos se hace necesario precisar en este punto: Hecho y Noticia. Mientras el primero está ubicado en el plano de los acontecimientos del devenir del mundo, el segundo es un acontecimiento discursivo que pretende dar cuenta del primero. De ahí la distinción hecha por los teóricos del periodismo sobre los hechos noticiables.

11 GARCÍA MÁRQUEZ, G., Op. Cit.